

Foro

REVISTA DE LA FUNDACIÓN FORO NACIONAL POR COLOMBIA

LAS INCERTIDUMBRES DE LA TRANSICIÓN



109

ISSN 2805-7406 EN LÍNEA



9 772805 740009

EDICIÓN
109
MAYO 2023

SUSCRÍBASE



Foro

La **Revista Foro** es una iniciativa institucional para construir un pensamiento democrático, hacer un aporte al análisis de la realidad nacional e internacional e identificar apuestas políticas encaminadas al logro de una Colombia democrática y en paz.

Ejemplar impreso (en Colombia)	\$ 30.000
Suscripción por un año en Colombia (tres números)	\$ 95.000
Suscripción por dos años en Colombia (seis números)	\$ 180.000
Suscripción por un año en el extranjero (tres números)	USD 53
Suscripción por dos años en el extranjero (seis números)	USD 95
Suscripción digital por un año en Colombia (tres números)	\$ 57.000
Suscripción digital por un año en el extranjero (tres números)	USD 21

Publicada con el apoyo de:



Contáctenos para brindarle más información:

Teléfono: 601 2822550
www.foro.org.co
contactenos@foro.org

Foro

EDICIÓN 109 MAYO 2023

LICENCIA NÚMERO 3886 DE MINISTERIO DE GOBIERNO

Director

Jaime Zuluaga Nieto

Editor

Fabio E. Velásquez C.

Comité Editorial

Orlando Fals Borda (†)

Alejandro Angulo, S.J.

María Eugenia Sánchez

Fabio E. Velásquez Carrillo

Ricardo García Duarte

Jaime Zuluaga Nieto

Claire Launay

Marcela Restrepo Hung

Asamblea de Miembros de Foro

Francisco Mejía Lema

Fabio E. Velásquez Carrillo

Esperanza González Rodríguez

Diógenes Rosero Durango

Nohema Hernández Guevara

Carlos Moreno Ospina

Marcela Restrepo Hung

Joaquín Tovar

Mario Freddy Martínez

Diseño y diagramación

Azoma Criterio Editorial Ltda.

www.azoma.net

Fotografías:

Ministerio TIC (portada)

Presidencia de la República

Departamento Nacional de Planeación

Flickr

Dave Telford - Unsplash

Rebecca Li - Unsplash

Impresión

Editorial Gente Nueva S.A.S.



Revista Foro es editada, impresa y distribuida por la Fundación Foro Nacional por Colombia gracias al apoyo de: Brot für die Welt (Pan para el Mundo) y la Fundación Ford.

Distribución y suscripciones

Cra. 4A No. 27-62 - Teléfono: 601 282 2550

Bogotá, D.C. - Colombia

Contacto

www.foro.org.co

contactenos@foro.org.co

[@foronacionalcol](https://www.facebook.com/Foronacional) - [facebook.com/Foronacional](https://www.facebook.com/Foronacional)

Foro

Apreciado lector(ra) le invitamos a conocer nuestras páginas web. Allí usted encontrará información sobre nuestra organización, así como de los programas, proyectos y actividades que desarrollamos. Además, podrá acceder a varias de nuestras publicaciones de manera gratuita.



Fundación Foro Nacional por Colombia

<https://foro.org.co/>
contactenos@foro.org.co

Carrera 4 A No. 27-62 | Tel: 601 2822550
Bogotá

Foro Capítulo Región Central

<http://fundacionfororegioncentral.org/>
info.bog@foro.org.co

Carrera 13 # 35-43 Oficina 1101
Bogotá

Fundación Foro Costa Atlántica

<https://forocosta.org/>
costa@foro.org.co

Calle 71 No. 39-205
Barranquilla

Fundación Foro Suroccidente

<http://forosuroccidente.org/>
info.suroccidente@foro.org.co

Carrera 36 A Bis No. 6-35
Cali

Editorial

Colombia, un volcán en proceso de erupción	5
--	---

Las incertidumbres de la transición

Tribulaciones en el laberinto ¿Cuál transición?

Camilo González Posso	8
-----------------------	---

La encrucijada política del gobierno de Gustavo Petro

Alberto Valencia Gutiérrez	14
----------------------------	----

La Transición y los laberintos de la Paz Total

Jaime Zuluaga Nieto	23
---------------------	----

El debate central en la reforma a la salud es quién maneja los recursos

Mario Hernández Álvarez	31
-------------------------	----

La reforma laboral del Pacto Histórico – vuelta de tuerca al neoliberalismo

Álvaro Zerda Sarmiento	38
------------------------	----

El “trilema” de Petro

Fabio E. Velásquez C	49
----------------------	----

Imposibilidad de la planeación en Colombia

Jorge Iván González	64
---------------------	----

Las disputas por la democracia y la participación ciudadana: una mirada al Plan Nacional de Desarrollo 2022 – 2026

Andrés Lozano Reyes	72
---------------------	----

Diálogos regionales Vinculantes (DRV). Una reflexión crítica sobre su dimensión de “lo político”

Joaquín Tovar y otros	82
-----------------------	----

Internacional

Sobre la rivalidad sistémica Estados Unidos - China y la transición geopolítica mundial

Gabriel E. Merino	90
-------------------	----



Foro, tras 40 años de existencia, reafirma su compromiso con la construcción de la democracia.

Seguiremos trabajando para avanzar en la formulación de propuestas y en la promoción de acciones orientadas a la democratización de la sociedad.

Colombia, un volcán en proceso de erupción

Las imágenes de la imponente y alarmante fumarola del volcán nevado del Ruiz, expresión sintomática de la creciente actividad en su interior y de la probabilidad de una inminente erupción captaron la atención nacional. Parecería que, una vez más, la naturaleza nos invita a reflexionar sobre estas situaciones inciertas: este volcán es la metáfora de la situación que vive el país. Ya en la pasada campaña presidencial uno de los precandidatos la utilizó: o se produce el cambio o nos enfrentamos a una posible “erupción” social y política.

Colombia cambió, en algunos aspectos. El triunfo de Gustavo Petro a la cabeza del Pacto Histórico, candidato y movimiento político ajenos a los partidos y fuerzas políticas tradicionales, es una de las expresiones de ese cambio, que forma parte de un proceso de transición, de resultados inciertos. Cambio y transición asociados a tres elementos novedosos en la historia presente, como lo destaca Alberto Valencia en su contribución para la revista: el proceso constituyente y la adopción de la Constitución Política de 1991, el proceso de paz que condujo a la salida de la guerra de las FARC-EP y el estallido social de 2021, ventanas abiertas hacia el futuro en un país que ha vivido atrapado en su pasado.

Cambio que se inscribe en la dinámica de surgimiento de la llamada segunda ola de gobiernos progresistas en América Latina y el Caribe, que se han propuesto transformar el sistema desde adentro, como lo plantea Andrés Lozano en su artículo, sin ruptura del orden capitalista, pero rompiendo con el modelo neoliberal, en medio de un contexto internacional complejo en el que se articulan diferen-

tes crisis y se agudizan las confrontaciones por las redefiniciones de las agendas sociales y políticas.

El gobierno del Pacto Histórico se ha comprometido con un programa de reformas políticas y sociales orientadas a la democratización del país y a saldar las deudas históricas en materia de inclusión y justicia social, y una nueva concepción de desarrollo en armonía con la naturaleza que nos acerque al ideal del buen vivir. Como lo ha señalado el director de Planeación Nacional, éste no es un gobierno anticapitalista, es reformista y democrático.

Con la propuesta del programa reformista democratizador el gobierno convocó y logro

conformar una amplia alianza política entre los partidos políticos tradicionales, Liberal y Conservador, y el Partido de la U con los movimientos políticos asociados al Pacto Histórico, que le garantizó las mayorías requeridas para tramitar en el Congreso la reforma tributaria y se esperaba que tuviera aliento para aprobar el paquete inicial de reformas sociales: salud, laboral y pensional. Se trataba, por supuesto, de una alianza

inestable con alcance limitado, que no resistió la profundización del cambio mediante la aprobación del proyecto de reforma a la salud, uno de cuyos objetivos fundamentales es garantizarla como derecho de todas y todos aquellos que hoy no lo disfrutaban, como lo sostiene Mario Hernández en su artículo, porque se ha convertido en un bien público administrado por los intereses de los mercados nacionales y transnacionales de conformidad con el modelo neoliberal en que se fundamenta.

La ruptura de esta alianza enfrenta al país al dilema de avanzar en el proceso de tran-

“ El gobierno del Pacto Histórico se ha comprometido a saldar las deudas históricas en materia de inclusión y justicia social.

sición mediante la profundización del cambio social, o frustrar el cambio, detener la transición y afrontar un nuevo estallido social de resultados inciertos. En palabras del presidente, en su intervención del 1º de mayo ante los manifestantes concentrados en la Plaza de Armas frente a la Casa de Nariño: “El intento de coartar las reformas puede llevar a una revolución.”. El mensaje es claro: el gobierno se juega la carta del cambio dentro de las instituciones y, para ello requiere acumular las fuerzas políticas que permitan sacar adelante las reformas sociales.

El panorama no es claro, el sendero de la transición está erizado de dificultades. Hay un contexto internacional complejo: décadas de hegemonía del modelo neoliberal han llevado las desigualdades económicas al extremo como lo ha puesto de presente el trabajo de Piketty, desigualdades agravadas por los efectos de la pandemia. Asistimos a un aumento de las tensiones planetarias resultado del reacomodamiento de los bloques de poder, en el que juega un papel fundamental el ascenso de China, potencia emergente, frente a los Estados Unidos, potencia en descenso. En medio de estas tensiones, la guerra de Rusia contra Ucrania, el fortalecimiento de la OTAN y el papel jugado por los Estados Unidos nos han colocado en los umbrales de una nueva guerra fría, el peor de los escenarios según Kissinger, para resolver la rivalidad entre los Estados Unidos y China y Rusia. La creciente desigualdad y las guerras han generado una crisis migratoria de vastas proporciones, que afecta a buena parte del planeta y alienta el fortalecimiento de las corrientes de extrema derecha, en medio de un creciente malestar social. La crisis ambiental y climática amenaza la supervivencia de la civilización y plantea la imperiosa necesidad del cambio de la matriz energética. Colombia no es ajena a estas situaciones y el actual gobierno tiene en su haber la inclusión de algunos de estos aspectos en la agenda de la política exterior.

“El gobierno se juega la carta del cambio dentro de las instituciones y para ello requiere acumular las fuerzas políticas que permitan sacar adelante las reformas sociales.”

Internamente, la desaceleración de la economía, el crecimiento de la inflación, la fortaleza de las economías ilegales, el escalamiento de las violencias en parte asociadas al incumplimiento de en la implementación del acuerdo de paz con las extintas FARC-EP, la persistencia del conflicto armado, entre otros factores, alimentan la inconformidad social lo que, aunado a las expectativas generadas por el programa de cambio propuesto por el gobierno del Pacto Histórico, constituyen una mezcla con una enorme potencialidad de transformación de la sociedad o de reproducción de caminos de violencias que estamos tratando de dejar atrás.

Como nunca antes, Colombia se enfrenta al imperativo ético y político de democratización radical, entendiendo por tal una democracia que vaya más allá de las reglas para definir el acceso al poder político y se materialice también en perspectiva de derechos económicos, sociales, culturales, de género, de reconocimiento efectivo de la diversidad. El cambio no se pue-

de frustrar, se requiere ganar para esta transición el apoyo más amplio posible y derrotar las fuerzas retardatarias que se oponen. El gobierno tiene que adoptar los correctivos necesarios para favorecer la consolidación de nuevas alianzas.

Tal como lo propone Fabio Velásquez en su artículo, para evitar la frustración del cambio, el gobierno ha de enfrentar el trilema de lograr la convergencia de transitar por la institucionalidad participativa, los diálogos vinculantes y el apoyo ciudadano activo

en las calles, como mecanismos que pueden conducir a acumular las fuerzas políticas necesarias para vencer las resistencias de los sectores políticos y sociales que se oponen a la transición de la guerra a la convivencia democrática, para expresarlo en términos de Camilo González.

La Revista Foro mantiene sus páginas abiertas a la construcción del pensamiento democrático que contribuya a mantener despejados el sendero de la transición de la guerra a la paz con democracia y justicia social. ■



Las incertidumbres de la transición

Camilo González Posso
Alberto Valencia Gutiérrez
Jaime Zuluaga Nieto
Mario Hernández Álvarez
Álvaro Zerda Sarmiento
Fabio E. Velásquez C
Jorge Iván González
Andrés Lozano Reyes
Joaquín Tovar y otros

Tribulaciones en el laberinto

¿Cuál transición?

**Camilo
González
Posso**

Presidente del
Instituto de
Estudios para el
Desarrollo y la
Paz – INDEPAZ

El programa del Pacto Histórico y su estrategia de Acuerdo Nacional para el cambio, convertidos en guía del gobierno de Gustavo Petro, son una oportunidad para la transición a un periodo de construcción de paz con democracia de solidaridad y buen vivir en la post guerra. Es un desafío cuyo éxito puede evitar nuevas violencias, autoritarismo y reacomodo del régimen corporativista. En un escenario de más crisis y polarización tendría un nuevo aire la múltiple alianza de mafias, feudos políticos, narcoparamilitarismo y captura del Estado por los agentes de un modelo de acumulación y poder basado en las armas y en la corrupción.

Transición política desde la guerra a la convivencia democrática

En estas reflexiones se pretende hablar de la transición como una fase de ruptura en una sociedad concreta que puede llevar a un reacomodo de estructuras o a una dinámica que abre la posibilidad de un periodo histórico de cambios con ampliación progresiva de las fronteras del buen vivir.

Esta idea de la transición como fase de ruptura es tomada de la teoría del cambio en sistemas dinámicos alejados del equilibrio. También se puede entender como momento excepcional que se da en la crisis de sistemas abiertos y puede llevar a una nueva situación en la cual se recompone lo viejo bajo nuevas formas, o se abre paso un proceso creativo hacia nuevos paradigmas. En esta visión no hay determinismo ni causalidad lineal; hay probabilidades e incertidumbres. Y, como se trata de procesos de sociedad, su desenlace depende del choque de sujetos, poderes, fuerzas de transformación y reacción.

En el caso de Colombia la transición se puede pensar entre una sociedad en crisis históricamente determinada por un régimen de poder, que ha estado inmersa en guerras y conflictos armados por más de siete décadas y, al otro

lado una sociedad de convivencia pacífica con dinámica de cambios estructurales.

No estamos hoy ante la posibilidad de una transición entre capitalismo y alguna forma de anticapitalismo. El dilema real de esta fase de transición no es entre reforma y revolución sino entre la sociedad de las guerras para la exclusión, con dictaduras armadas regionalizadas, y la sociedad de las reformas de equidad, justicia social y de construcción desde abajo de una democracia participativa y de solidaridad.

Esa transición desde la guerra y sus violencias asociadas, a la convivencia democrática conflictiva y en paz, es una revolución en sí misma, e inimaginable sin reformas y sin desencadenar poderosas fuerzas de cambio. Como dice Vera Grave: “la revolución es la paz” en una sociedad en la que la guerra prolongada y el Estado de Guerra se han transformado en otra forma de la contrarreforma y anti revolución.

La probabilidad del acuerdo nacional para el cambio

La posibilidad de un salto a una nueva etapa histórica en Colombia se da por la confluencia de la emergencia de poderosos y explosivos movimientos sociales, de un abanico de expresiones políticas democratizantes que chocan con el régimen tradicional y de un gobierno que por primera vez en la historia de Colombia está encabezado por una izquierda socialdemócrata pacifista.

Enfrentadas a este impulso de cambio están aquellas fuerzas que empujan en otra dirección buscando recomponer la crisis a favor del viejo orden, ya sea con nuevas modalidades del autoritarismo neoliberal o con pequeñas reformas aplicando la estrategia de “control ar la explosión” que reclamaron desde la inteligencia del statu quo cuando estallaron las protestas en 2021.

En el escenario político no se enfrentan, de un lado, las fuerzas del cambio y, del otro, las del



viejo régimen. El símil no es con el paralelogramo newtoniano sino con el choque e interacción entre subconjuntos en ebullición que disputan poderes a diverso nivel entre sí y a su interior. El escenario político incluye lo aleatorio y la turbulencia.

Estadio social de rebeldía difusa

La dinámica de cambio está dada por la ya mencionada emergencia de movimientos sociales que conjugan la resistencia frente a las imposiciones del modelo neoliberal, con la rebeldía ante un sistema global y local que no ofrece opciones de vida a la juventud, precariza el trabajo manual e intelectual, reproduce el patriarcado y la inequidad, destruye al campesinado, acentúa la opresión a los pueblos étnicos, choca con las aspiraciones de igualdad de las mujeres, asfixia a las culturas y al arte, profundiza la brecha entre las nuevas revoluciones del conocimiento y la posibilidad de apropiación de los avances de la ciencia y la técnica.

Es lo que se ha llamado la “explosión social”, que en Colombia involucró a millones de perso-

nas en protestas radicales pacíficas entre 2019 y 2021, con impacto en el 80% del territorio nacional incluidas poblaciones rurales y las medias y grandes ciudades.

Este estado general de rebeldía, de insubordinación desde la cotidianidad, desde lo pequeño que sintetiza todo, y con una conciencia que choca con las claves de un sistema que ofrece poco como presente o futuro a las mayorías. Es una rebeldía de resistencia, desde la desesperanza, que rechaza los símbolos de dominio y exclusión, sin que por ello se unifique en alguna utopía: no acepta el actual estado de cosas y tiene como bandera la exigencia de cambios radicales y de reivindicaciones inmediatas de mitigación de vulneración y desposesión.

Lo que está en curso se expresa por oleadas, sectores, territorios y puede volver a ser explosión generalizada o sumatoria de protestas dispersas radicales. Se combina la expresión de desesperanza e indignación, en sectores de esa sociedad en rebeldía, con una revolución de conciencia en parte de la sociedad que soporta cada vez menos el estado de cosas impuesto. En for-

ma consciente o intuitiva, en el sentido común de una franja de la sociedad se rechaza el régimen de las mafias y la corrupción, la cleptocracia de los partidos y de los empresarios que asaltan el erario y legalizan la usura y los mecanismos de enriquecimiento ilícito y oligopólico.

Ese estado de rebeldía ha podido constituirse por el espacio que se abrió con los acuerdos de paz construidos entre 2012 y 2016, por la interacción con movimientos políticos democratizantes que se han expresado en estas décadas en contra de la guerra, el paramilitarismo y contra los gobiernos represivos neoliberales. Se ha dado una rebeldía sin armas, no obstante el peso de las armas en la política y en la vida social; una

rebeldía que no mata y que choca incluso con los armados que creyeron ser redentores y a su pesar se han convertido en instrumentos de opresión.

Ese soporte de los cambios desde la base de la sociedad puede potenciarse desde iniciativas y hechos del gobierno del acuerdo nacional, o por el contrario puede disiparse. Las estrategias inconscientes de desinflar el estado de rebeldía,

de lo que llaman algunos la “explosión controlada”, tienen su mayor apuesta en el desencanto con las promesas del Pacto Histórico. Semejante control sin soluciones puede llevar a frenos coyunturales en la línea del cambio y preparar en realidad explosiones mayores.

La coalición inédita inestable

El estado de rebeldía se expresó en las elecciones de 2022 apoyando al Pacto Histórico, a los Verdes y otros agrupamientos políticos de izquierda y centro izquierda liberal; hizo posible la alianza democrática que apoyó la candidatura de Gustavo Petro y su triunfo en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales con 51% de los votos.

La coyuntura política electoral mostró una derrota significativa de las fuerzas partidistas representativas de la derecha que perdieron en la primera vuelta frente a Petro; también perdieron con el candidato moderado Rodolfo Hernández

que canalizó al centro derecha y a sectores inconformes con el régimen, pero desconfiados con la izquierda encabezada por el Pacto Histórico y su candidato.

Después de la segunda vuelta y de la instalación del nuevo Congreso de la República, el movimiento de Rodolfo Hernández se disolvió y los partidos tradicionales del régimen que lo habían apoyado, incluido el Centro Democrático encabezado por el expresidente Álvaro Uribe, quedaron momentáneamente sin brújula y a la defensiva.

Pero el poder de la calle no se traduce automáticamente en poder político. El despresigio de los partidos políticos tradicionales no logra desestructurar su capacidad de controlar instituciones y aparatos dedicados a usurpar el poder mediante el clientelismo, la corrupción, la compraventa de votos, el reparto de puestos y la captura del Estado. Eso se observa en la permanencia del control del Congreso de la República y en que el avance sin antecedentes de la representación de la izquierda y el centro independiente no alcanza a tener mayoría ni en el Senado ni en la Cámara de Representantes.

El gobierno de coalición nacional que se formó al iniciar el gobierno de Gustavo Petro es resultado de la emergencia de nuevas fuerzas y de sus limitaciones. Los partidos tradicionales –Liberal, Conservador, de la U– debilitados, pero aún de peso en el Congreso y en los poderes regionales, se declararon partidos de gobierno y acogieron el llamado a un Acuerdo Nacional para el cambio. Se quedaron por fuera el Centro Democrático y Cambio Radical.

Parte importante de la derecha clientelista que ha gobernado o cogobernado desde el siglo XIX, mutando de tanto en tanto al ritmo de las guerras, decidió entrar a la alianza con el Pacto Histórico. En medio de su desconcierto por la derrota electoral esos partidos entendieron que, si no se montaban en la ola del cambio, su crisis sería mayor y que estando adentro del gobierno tendrían más oportunidad de recuperarse, mantener posiciones burocráticas, acceso a presupuestos, control de clientela en departamentos y poner el freno a las reformas más radicales.

“El gobierno de coalición nacional que se formó al iniciar el gobierno de Gustavo Petro es resultado de la emergencia de nuevas fuerzas y de sus limitaciones.

Para el Pacto Histórico ese gobierno de Acuerdo Nacional es parte de la estrategia de Paz Total que busca una convergencia, con diversos y hasta opuestos, en puntos clave para desactivar todo uso de las armas en la política y en la disputa por riquezas. No solo responde al reconocimiento de la debilidad en el Congreso para sacar reformas progresistas, sino a la urgencia de desmontar la polarización, los discursos del odio, el paramilitarismo, toda justificación para la justicia por mano propia. El pacto político busca la condena al despojo o a la muerte por ideología o divergencia política. Además, la coalición izquierda-derecha, es un intento en medio de un frágil equilibrio de concertar dentro del gobierno y en el Congreso algunas reformas que respondan a las exigencias sociales que se han expresado de manera explosiva y siguen vivas.

La posibilidad de romper el freno o bloqueo que ha montado el régimen dentro y fuera del gobierno es la permanencia de la movilización social, de modo que el eje del acuerdo nacional sea la alianza entre las fuerzas políticas de la izquierda “realmente existente” y la insubordinación social pacífica. El ganar tiempo y espacio para fortalecer esa alianza con pueblo de todos los colores es lo que puede dar sentido de cambio a la confluencia con sectores de los partidos tradicionales y del poder económico. Es una apuesta audaz y de alto riesgo que asumió Petro en los primeros meses ante la opción de un gobierno radical en el programa, pero paralizado desde el inicio en un país dividido y en escalada de crisis al estilo de Perú e incluso de lo que ocurre en Chile con un joven gobierno bloqueado.

Es una difícil construcción en la que se quiso ganar tiempo para que la crisis o las crisis que se vienen se canalicen a la confrontación pacífica y no a una escalada de nuevas violencias o de peores guerras mafiosas y de todo tipo.

En la correlación actual de fuerzas es poco probable que se aprueben las reformas inicialmente diseñadas por el gobierno, pero con la coalición heterodoxa, y en medio de gran movilización, pueden intentarse acuerdos parciales que signifiquen una mejora para la población y en especial por los más vulnerados en la crisis de la pandemia y en las crisis que siguen.

Ya ocurrió un acuerdo parcial con la reforma tributaria aprobada en 2022, que le ha permitido al gobierno contar con un plus de 80 billones de pesos para reforzar el gasto social y de apoyo a la economía popular en el cuatrienio. Es la primera reforma tributaria que en estas décadas se sale del molde neoliberal, que no se basa en la ideología que entiende el crecimiento como resultado de exenciones y subsidios a las grandes empresas, al capital financiero y al extractivismo. Al mismo tiempo, y sin menospreciar ese sello progresivo, fue una reforma de compromiso con los grandes grupos económicos y con las grandes fortunas, cuyas nuevas obligaciones no sobrepasan lo que aportaron al principio de siglo como impuesto para la guerra.

Si no se precipita una crisis en el debate del paquete de reformas sociales – a la salud, trabajo y pensiones – la coalición puede fracturarse al iniciar la campaña para las elecciones de gobiernos territoriales que se realizarán en octubre de 2023. En algún momento las fuerzas del viejo régimen le darán prioridad a buscar el fracaso del gobierno encabezado por el Pacto Histórico y a su estrategia de oposición abierta para la retoma del gobierno en 2026. Se tendrá una campaña prematura desde 2024.

Desactivar las confrontaciones armadas que persisten

El acuerdo nacional incluye desactivar las confrontaciones armadas que persisten a pesar de los importantes logros de hecho derivados del acuerdo final entre el Estado y las FARC-EP. El gobierno de Petro incluye en la paz total conversaciones de paz con grupos armados rebeldes y otras jurídicas con estructuras armadas criminales de alto impacto. Los objetivos son disminuir radicalmente las violencias asociadas a conflictos armados y que impactan a la población, las economías y condiciones de existencia; dar respuesta a las necesidades de las comunidades en subregiones que han estado sometidas a críticas

“ Para el Pacto Histórico ese gobierno de Acuerdo Nacional es parte de la estrategia de Paz Total que busca una convergencia, con diversos y hasta opuestos.

situaciones de guerra y agresión armada; lograr acuerdos de terminación de uso de las armas por negocios o por objetivos de poder; desarticular complejos del multictipismo, de macrocriminalidad; lograr pactos de terminación de la lucha armada de organizaciones guerrilleras.

Los instrumentos o tácticas hacia esos objetivos dependen de la historia y carácter de cada grupo, reconociendo sus diferencias e intereses. Y los resultados esperados, además de inciertos y de difícil concreción, parten de la urgencia de aliviar la situación de comunidades y de generar en el país un ambiente propicio para que se exprese la movilización social para el cambio y se avance en transformaciones democráticas y de justicia social.

Las dificultades para lograr en este gobierno todos los objetivos de esos diálogos con grupos armados no invalida la necesidad de promoverlos. Si se logran ceses al fuego y cese de agresiones a la población, se tendrán condiciones más

propicias para la presión por las reformas de fondo y para planes de inversión y de implementación de viejos y nuevos acuerdos. En ese escenario se aumentarían las probabilidades de acuerdos de sujeción a la justicia y de pasos irreversibles hacia la terminación de los alzamientos armados.

Otra paradoja que se agrega a este momento de inflexión es la alta dependencia de la suerte de la estrategia de Paz

Total de los resultados de las exploraciones y diálogos con grupos armados ilegales. El gobierno pone expectativas y presión para que con esas organizaciones se logren resultados en disminución de violencias y en desarticulación de aparatos armados y de sus redes y en esa jugada les permite a cambio protagonismo y posibilidades de mayor coordinación. El riesgo es que grupos como el ELN y las estructuras post FARC aprovechen los espacios para sus fines de fortalecimiento y terminen convirtiéndose en factores de crisis y en obstáculos a las reformas parciales que pretende el Pacto Histórico en el frágil acuerdo interpartidista y social.

“El gobierno pone expectativas y presión para que con esas organizaciones se logren resultados en disminución de violencias.

La lucha por la paz en el mundo es parte de la causa por la paz en Colombia

La situación colombiana y las posibilidades de avance en la transición a la post guerra evolucionan en relación con crisis excepcionales en lo nacional e internacional. La crisis mundial actual, agudizada por los impactos de la pandemia, es la más grave desde la segunda guerra mundial e implica reacomodos e inestabilidad de todos los subsistemas.

En medio de la pandemia y en su fase final explotó a un nivel más alto la lucha por la hegemonía mundial que tiene en 2023 su punto más crítico en la guerra en Ucrania entre la OTAN y Rusia, entre la expansión militar dirigida por EEUU desde 2014 y la invasión criminal de defensa de un neozarismo.

Es la guerra a costa de un pueblo que está puesta al servicio de la confrontación de EEUU a la emergencia de China como poder mundial en expansión económica y tecnocientífica. También es una guerra contra la posibilidad de un nuevo bloque de poder europeo que pudiera incluir a Rusia resucitada y en expansión. El desenlace puede ser la apertura de otros frentes de escalada bélica con uso de nuevas armas que incluyen la guerra digital, la amenaza de bombas atómicas tácticas y terroríficas armas biológicas.

La guerra por la energía y los bloqueos comerciales es apenas un componente de la confrontación, pero tiene críticas expresiones. La presión a Europa para cortar el abastecimiento de petróleo y gas ruso ha llevado ya al alza escandalosa de precios. Todas las cadenas de suministro están alteradas y se han desencadenado parálisis y desindustrialización en muchos países.

En esta suerte de guerra “tibia” —entre fría y caliente— los grandes problemas de la crisis climática, de las migraciones y el hambre quedan subordinados a la geopolítica de la disputa por un nuevo reparto en el desorden planetario. Al mismo tiempo en Latinoamérica crece la conciencia y la urgencia de construir un bloque autónomo con capacidad de negociar en medio de las guerras comerciales, financieras y las guerras de las armas.

La guerra por la hegemonía tiene consecuencias catastróficas y también abre oportunidades

de cambios en modelos económicos y en términos de las relaciones en el escenario mundial.

La agenda del gobierno de Petro y del Pacto Histórico en este escenario tiene grandes apuestas. Es trascendental la determinación de alinearse en contra de toda guerra en la competencia entre potencias, contra toda agresión, ocupación y bloqueos; contra el armamentismo y por la solución de los conflictos por los medios pacíficos y de la diplomacia. Ese alineamiento coloca a Colombia al lado de los países de América Latina y de África que buscan un orden internacional realmente democrático y en paz. Al lado de los que, como el Papa Francisco, llaman al diálogo y al cese de la guerra de la agresión y la rapiña por Ucrania.

Petro ha leído la crisis climática como una crisis de sistema en la cual la lógica de la acumulación capitalista está enfrentada a imperativos éticos que no caben en la función de producción neoliberal, ni en las proyecciones de las grandes corporaciones transnacionales. Según Petro, el capital no tiene capacidad de internalizar soluciones efectivas a la crisis climática y esto lleva a la humanidad a crisis mayores en medio de las cuales los pueblos se verán obligados a buscar alternativas para otro desarrollo. Las estrategias urgentes que propone son de unidad latinoamericana y de resistencia transformadora. Algunas son fórmulas en borrador, abstractas y teleológicas. Pero lo fundamental es el llamado a entender que en Colombia hay futuro si la humanidad no es empujada a la catástrofe. No es una ideología, es pragmatismo histórico que no tiene respuestas acabadas ni copiadas de los manuales del siglo XIX o de las recetas de las multinacionales.

La interfase entre el momento de transición en crisis en Colombia y la crisis mundial con sus guerras de potencias limita las posibilidades de cambio, pero al mismo tiempo da oportunidad a alianzas con factores de poder en los países del norte envuelto en la quinta revolución científico-técnica y con los más afines en Latinoamérica. En ese contexto se dan mejores condiciones para buscar un replanteamiento en las políticas internacionales de lucha contra las drogas, respuesta al problema de las migraciones y al cri-

men transnacional que incluye el lavado de activos y el tráfico de armas.

La oportunidad de la paz total, o paz grande como la llama la Comisión de la Verdad, tiene apoyo excepcional en la comunidad internacional.

La excepción no es la regla

Los más fáciles son los pronósticos del pasado. Según los supuestos de algunos modelos nunca hay equivocación sino corrección de variables y condiciones iniciales.

En este tema de la transición, vista como momento de ruptura con probabilidad de cambio, se pueden dar en Colombia varias trayectorias. Como se ha dicho, el factor clave es el empoderamiento progresivo de las fuerzas del cambio en la alianza entre el Pacto Histórico, sectores del llamado centro - izquierda y los movimientos sociales y culturales.

Si explota otro nivel de crisis, con fractura del acuerdo interpartidista izquierda-derecha y bloqueo de reformas y de diálogos de paz, se abrirá un ciclo de recomposición con fuga a los extremos tanto en el conjunto de las fuerzas del cambio como en las que tienen por prioridad salvar al viejo régimen. La prueba de fuerzas se traslada a la calle y a la formación de una coalición más radical en ruptura con la cúpula del régimen. Si las armas del narcoparamilitarismo y del anacronismo insurgente se suman al coctel, Colombia podría entrar en una fase de crisis crónica en la cual podrían darse nuevas explosiones generalizadas y con menos probabilidad se abriría, en un plazo indeterminado, otra oportunidad para culminar ese paso a la etapa de post guerra con cambio.

El reto para salir del laberinto es aprovechar la transición que está en curso. Se tiene la compleja tarea de resolver positivamente un sistema de ecuaciones simultáneas, con variables autorregresivas que conjugan, entre otras: Pacto Histórico, alianza centroizquierda, movilización nacional, implementar los acuerdos, parar la guerra, sacar las armas de la política, Acuerdo Nacional para cambios efectivos de ampliación de la democracia y la justicia social. Todo en tiempo real en medio de la turbulencia y la locura de las guerras de reparto en el planeta.■



La encrucijada política del gobierno de Gustavo Petro

Alberto Valencia Gutiérrez
Profesor Titular,
Departamento
de Ciencias
Sociales
Universidad del
Valle

Colombia es un país que vive atrapado en el pasado. No se proyecta hacia el futuro y, cuando intenta hacerlo, surgen fuerzas poderosas para reafirmar la inercia de lo ya conocido, incluso por parte de los mismos que proponen el cambio, que terminan ellos mismos por sabotear cualquier perspectiva nueva. Sin embargo, en las últimas décadas podemos detectar la irrupción de algo nuevo en tres momentos precisos.

El primero, la Asamblea Nacional constituyente de 1991 que representó una revolución en la vida política colombiana, sin ar-

mas y sin tomas sangrientas de los centros de poder del Estado. El segundo, el Acuerdo de Paz de La Habana que puso punto final a un conflicto de 68 años con un grupo armado, que comenzó cuando unos campesinos liberales, al mando de Pedro Antonio Marín, comenzaron a armarse en el sur del Quindío como reacción al asesinato de Gaitán y dieron origen posteriormente a las FARC. La oposición a la Constitución, en el primer caso, y el triunfo del No en el plebiscito, en el segundo, son un testimonio fehaciente de una mentalidad aferrada a un pasado, por